Salir adelante

Una historia de migración que puede hablar por muchas otras

“El motivo para mí para salir de mi país no ha sido que no estuviera contenta, sino que me vi forzada por la situación económica”.

Son las primeras palabras con las que abre esta entrevista Martha Tonconi, boliviana de 53 años que lleva 19 en España, aunque podrían ser las de cualquier emigrante independientemente de su tiempo y lugar, en Galicia lo sabemos bien. Este artículo trata de describir un viaje que ha sido muy habitual en los últimos 20 años: de Latinoamérica a España para trabajar en los cuidados domésticos. Atravesaremos un relato individual, el de Martha, sabiendo que hablamos de una problemática sistémica y estructural, que no se trata de anécdotas individuales sino de lugares comunes. Pero con las historias locales y cercanas tal vez podamos comprender mejor un fenómeno global y amplio.

Según *Datosmacro*, cuyas fuentes son la ONU, el INE o Eurostat, en el año 2000 la población inmigrante latinoamericana en España sumaba un total de 355.755 personas, un 21% de la población inmigrante total. A partir de ese año se describe una curva creciente que pasa por las 1.533.752 personas en sólo 5 años, suponiendo el 37% del total, y llega a tocar techo con las 2.186.035 que alcanza en 2010, año a partir del cual comienza a estabilizarse e incluso bajar.

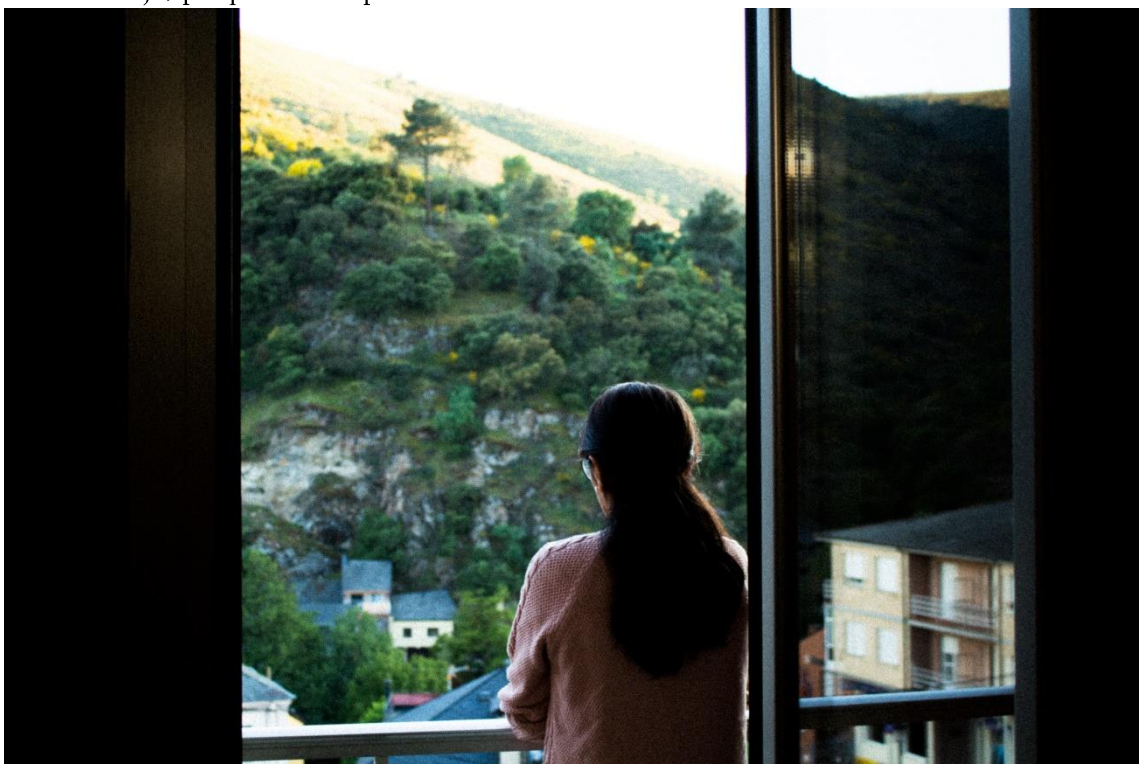
En el año 2002 nuestra entrevistada vivía con su familia en un barrio de La Paz. “Estábamos bien: yo tenía trabajo, mi marido también, pero luego empezó él lo perdió y sobre todo: tenían una hipoteca”, nos cuenta. El motivo era una estafa en la que su marido había entrado. Los meses venían y ya solo entraba en casa un sueldo, el de ella, que trabajaba llevando una tienda. Los números no salían. Había que hacer algo: “generalmente los hombres tenían que salir a sacar adelante a su familia, pero yo no pensé en eso, me sentí más responsable y decidí que tenía que salir”, dice

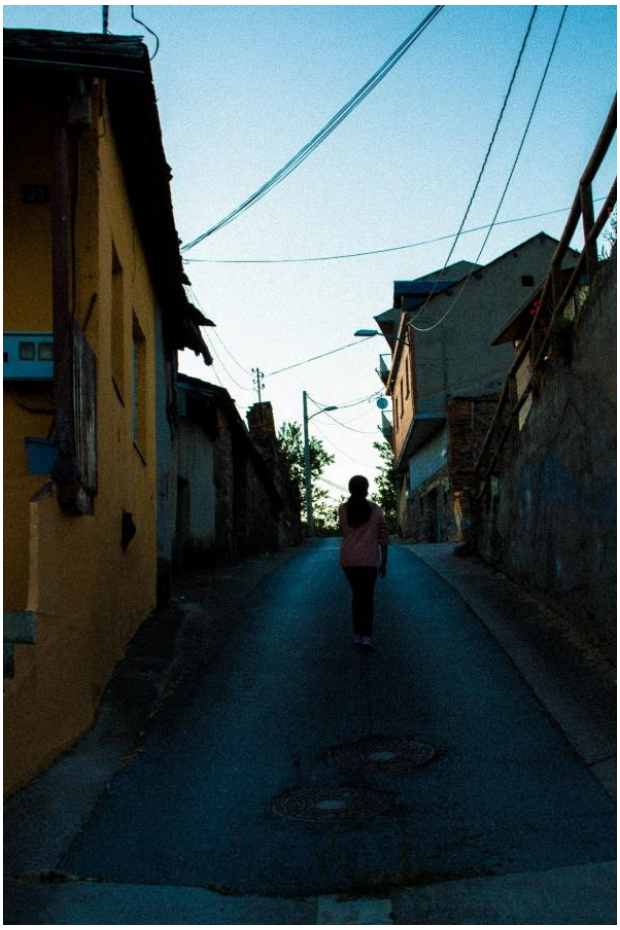
mezclando el saber que esta idea nace de una concepción machista con el orgullo de haber tomado las riendas. Su intención era trabajar un año para regularizar la situación y luego volver, nunca fue su idea quedarse aquí. Aún así, ahora hablamos sentados al sol en unas escaleras de una plaza vacía de Puente Domingo Flórez, un pequeño pueblo del Bierzo con cada vez menos habitantes.

¿Por qué España? Buscó en el Atlas el salario mínimo para calcular si le llegaría para pagar la hipoteca. Si le hubiese llegado en Chile o Argentina hoy no estaría aquí. Pero no era el suficiente. En España le daba justito. A partir de ahí el proceso fue sacar el pasaporte, en aquella época no les pedían el visado para venir, pagar el billete de avión de ida y vuelta y reservar el Hotel de llegada. "Lo estaba pasando muy mal porque mis hijos eran pequeños, mi hija estaba por cumplir 5 años y mi hijo 12, es muy doloroso, eso es lo más duro". Hoy tienen 23 y 30.

Llegó a Madrid en verano. Estaba todo vacío y no había mucho trabajo. Fue a varias iglesias a buscar trabajo, porque en esa época ella creía mucho en los curas y las monjas, sin creer en nada es muy difícil dar ese salto al vacío que ella dio. "Les dije que estaba necesitada de trabajo, me dijeron que imposible porque había una fila enorme de gente buscándolo, me preguntó cuántos días llevaba ahí, le dije que dos días y me dijo que había gente que llevaba dos meses".

Esperó y lo consiguió a los pocos días porque las otras chicas, y lo dice claramente en femenino, no querían ir a un pueblo perdido en León, ella sostiene que no podía darse "el lujo" de rechazar un trabajo. Así se planta en una casa de Puente de Domingo Flórez para cuidar a una anciana que no podía valerse por sí sola. Las primeras semanas había mucho movimiento y mucho trabajo, seguía siendo verano y la casa estaba llena de la familia de la anciana. Pero cuando se quedó sola con ella: "quedé sola con mis pensamientos, con mi tormento, con mi dolor... con todo eso: no había el ruido de afuera que me distraía. Desde ese día empecé a llorar dos años todos los días porque no podía soportar la ausencia de mis hijos."





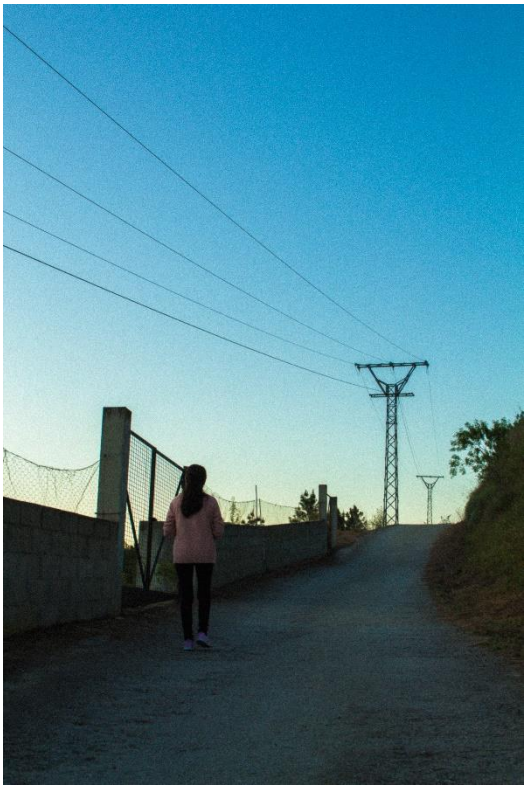
Explica que siempre que estaba en los peores momentos miraba una maleta que tenía en la habitación y pensaba en cogerla e irse. "Pero en esos momentos empecé a leer, después llegaron los paseos por la naturaleza y las montañas, con esas dos cosas he salido adelante".

"Te ves fatal, sin ánimos: no tengo amigos, no tengo a nadie con quien hablar me voy a volver loca. Trataba de ver los libros como personas, en ese momento me sentía afortunada porque pensaba guau quién puede tener a Benito Pérez Galdós como amigo. *Crimen y castigo* también me gustó mucho, *Cien años de soledad*. Muchas biografías..." Sus lecturas desprenden vidas con emociones fuertes para compensar la monotonía de la suya, vivir a través de los libros todo lo que el orden económico, cruel y poco humano, no le permitía experimentar. Lo mismo sucede con sus paseos: "Si no ves más allá puede parecer que vas a un sitio sola, a una montaña, que te aíslas, pero es al contrario, ahí hay mucha vida, está la vida en ebullición, se te olvidan los miedos y las angustias, no piensas en cosas negativas y los problemas se hacen más pequeñitos."

Descubrió el Camino Real que lleva a Las Médulas. Se imaginaba que caminaba al lado de reyes antiguos o a los romanos minando oro. "Trataba de llenar mi mundo, como otra gente estaba viviendo sus vidas yo me tenía que inventar dentro de mi cerebro que no estaba necesariamente aquí, que estaba en constantes viajes y aventuras". Por eso normalmente no iba por los mismos caminos, recorría muchos sitios. "Una vez me metí por donde no había camino y me llevé un susto porque casi me pierdo, las ramas y los árboles eran más grandes que yo, quería ver por dónde caminar, no veía nada, todo lleno de zarzas, pero acabé saliendo". Cuando cuenta esta anécdota sientes que Martha no solo habla de un paseo.

A los 7 años de llegar a España pudo pagar la hipoteca que la había traído aquí. "¿Qué te frenó para no volver?". Decidió que solo la educación podía romper con la cadena de pobreza e ignorancia a la que hacía responsable de su situación. Quería asegurarse de que no se perpetuaría en sus hijos. "La peor pobreza es la de conocimientos, te limita mucho, puedes soportar ser pobre de cosas materiales pero cuando sabes que eres pobre en conocimientos o en vocabulario, hasta eso mismo, eso sí te hace sentir menos, te hace sentir pequeña. Yo había tenido lo material (casa, coche, etc.) y perdí todo, si con ese dinero me hubiese formado nadie me lo habría quitado", reflexiona con la sabiduría de la experiencia a sus espaldas.

Con esta idea de asegurar la educación de sus hijos se quedó en España. Pasaron los años y en 2018 consiguió traer a su hijo mayor, Óscar, a hacer un MBA a Barcelona. Por supuesto mientras hacía el máster, dejando en la universidad EUNCET el dinero oportuno, extranjería no puso ninguna pega. Al terminarlo, y actualmente sigue en ese proceso, se encontró con un muro de hormigón de la administración que le obliga a conseguir un empleo para tener los papeles y del sector privado que le obliga a tener papeles para conseguir un empleo.



Mientras tanto, la anciana de la que Martha cuidó durante 16 años falleció y la dejó en la difícil situación de estar desempleada siendo extranjera con 50 años en un mercado laboral estrecho y a veces asfixiante como el español. Consiguió cerca un trabajo de ayudante en una cocina, con el horario extenuante que impone la hostelería y un ejercicio físico de cargar, mover y fregar distintos artilugios y mercancías de la cocina que le produjo una lesión en el codo por la que tuvo que parar. "No parabas, encima me decían *tienes que meterle mas nervio*, ay mamá, como si fuera bueno eso, yo nervios no quiero. Duré poco, un mes, ellos eran buenos pero por el dolor del codo no pude."

Desde 2011 hasta 2020 el Ministerio de interior facilita los datos de sector cantidad de trabajadores extranjeros por sector laboral en España. El combo *Hostelería*, *Trabajos del hogar* y *agricultura, ganadería, silvicultura y pesca* suma en torno al 50% de los contratos para extranjeros.

Después de esto tuvo que hacer definitivamente esa maleta y se mudó a Barcelona con su hijo, que estaba a punto de graduarse. Allí encontró trabajo en una residencia, de cuidadora, en la que toda la plantilla, e insisto en la idea de que su relato no es una anécdota aislada, eran mujeres latinoamericanas, excepto la directora, que era española. A partir de marzo de 2020 se complicó mucho. "Al principio sentía mucho cansancio y pensaba que me estaba haciendo mayor, iba a correr y no podía, me doblaba, me costaba subir escaleras... Creo que ahí lo cogí sin saberlo, después a las dos semanas nos dijeron que había 12 ancianos con COVID". No les daban suficiente equipo de protección, los ancianos morían solos y el clima era de inmensas necesidades y carencias; muchas empleadas dejaron el trabajo. Ella siguió hasta que terminó su contrato en Agosto de 2020.

Tras esa etapa, Martha y su hijo dejaron Barcelona para volver a Puente Domingo Flórez, donde ella empezó a cuidar a otra anciana, anclada a ese tipo de trabajo que la sociedad española reserva para sus inmigrantes, y él a intentar regularizar su situación, a través de recursos judiciales en los que están ahora mismo inmersos, para conseguir un trabajo y quedarse en España, con idea de traer también a su hija en un futuro.

Da la sensación de que cada etapa es una nueva lucha y que ninguna es fácil. "Es como cuando corres: hay un punto en que ya no puedes más, a mitad del camino te quieres doblar en dos, que no eres capaz, pero todavía te falta para tu meta y de repente rompes una barrera, ya no te duele nada y vas ligera. Sigues corriendo y parece que vas entre las nubes, pisas suave y esa sensación es buenísima", termina Martha resumiendo. Y solo falta añadir que quien todavía piense disparates como que es más fácil ser migrante, que recibes ayudas, te contratan antes, te ponen un piso o vives "del cuento", probablemente no conozca la historia de ninguno. Estarán muy ocupados quedándose quietos y siendo zarzas en el camino. Mientras tanto, gente como Martha seguirán corriendo y, solo cuando realmente no puedan, caminarán, y cuando no alcancen sus piernas, sus hijas lo harán por ellas.

-Carlos Iglesias Losada